

## *La Gaceta de ArgAtea*



## Índice

### ArgAtea Informa

- *1er. Congreso Nacional de Ateísmo. Página 3.*

### Opinión General

- *Una pésima explicación.* Por Andrés Miñones. *Página 4.*
- *Abiogénesis – 1ra. parte.* Por Moredan Kantose. *Página 7.*
- *El cristianismo y sus implicancias diarias.* Por Daniel Barona Narváez. *Página 10.*
- *Ética laica.* Por Bernat Rebot Mulet. *Página 13.*

Si desea contactarse con los **Editores** de esta gaceta, envíe por favor su mensaje a [gaceta@argatea.com.ar](mailto:gaceta@argatea.com.ar)

**Aclaración:** Los artículos aquí publicados no representan necesariamente la opinión oficial de ArgAtea, y son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

# ArgAtea Informa

# 1er Congreso Nacional de Ateísmo



"Construyendo una ciudadanía tolerante y racional"

5, 6 y 7 de Diciembre.

Sala G. Nachman, Teatro Auditorium, Mar del Plata, Argentina.

Entrada Libre y Gratuita.

### CONFERENCIAS

"El Universo Ateo" Dr. Alberto De La Torre (Física).

"Reemplazo de dogmas: ¿no habremos cambiado los biólogos la Biblia por el Origen?". Dr. Guillermo Denegri (Biología).

"Derecho a no tener culto" Dr. Emilio Radresa (Derecho).

"Derecho penal y pecado" Dr. Cristián Gregorini (Derecho).

"Tensiones en la aceptación del otro, y el fundamentalismo actual" Lic. Juan José Escujuri y Dr. Miguel Ángel Taroncher (Historia).

"Libertad, Educación y Laicidad". Dr. Carlos Cebey (Educación).

"Nietzsche y el Ateísmo" Fil. Pablo Fernandez (Filosofía).

"Creencias" Dr. Sebastián Urquijo (Psicología).

### DEBATES

¿Por qué no necesito a dios? Ing. Fernando Lozada, Samuel Wolpin, otros.

¿Qué piensan las religiones del ateísmo?.

### CINE-DEBATE

"God Delusion" De Richard Dawkins

"El virus de la fe" De Richard Dawkins

### MUESTRAS DE ARTE

Grupo CarneSerVida ([www.carneservida.com.ar](http://www.carneservida.com.ar))

Director: Ing Fernando Esteban Lozada  
Informes: [tecnologiayarte@gmail.com](mailto:tecnologiayarte@gmail.com)



Auditorium  
Centro Provincial  
de las Artes



Adhieren:



## Opinión General

### Una pésima explicación

**Por Andrés Miñones**  
**Miembro de ArgAtea**

Desde que me he declarado ateo tengo la sensación de que el debate con un creyente puede comenzar por muchos temas, pero muy frecuentemente se termina discutiendo sobre el origen de algo, lo cual no es nada raro si Dios pretende ser la causa de cada cosa.

No es un secreto para nadie que, desde sus primeros tiempos, la humanidad tendió a explicar con divinidades los fenómenos que escapaban a su limitado conocimiento. Así, el listado de dioses y semidioses fue creciendo, no porque se nos iban apareciendo a cada uno de nosotros, o porque inventábamos aparatos para detectarlos, o porque su existencia era predicha por las nuevas teorías que la ciencia descubría. El único motivo que tuvimos (y tenemos) para creer en dioses, es porque asumimos que son la mejor explicación para preguntas que nos llegan hondo.

Y si bien aún hoy nuestro conocimiento es limitado, está claro que el límite del conocimiento se fue corriendo, y algunas cosas ya no necesitan una explicación divina porque conocemos otras más racionales y acordes a las leyes de la naturaleza que vamos descubriendo. Si decidimos creer en la existencia de un ente indetectable y escurridizo, contrario a las leyes universales que sabemos que funcionan, sólo porque no se nos ocurre otra explicación a determinado hecho y luego surge esa “otra” explicación, difícilmente podamos seguir sosteniendo la necesidad de tal ente sin que parezca un capricho de niño. Es entonces cuando la inexistencia de respuestas racionales se vuelve necesaria para encontrar ocupaciones a los dioses, y tanto mejor si encontramos un terreno en el que sospechamos que las respuestas racionales van a tardar en aparecer.

Entre las ocupaciones divinas más prometedoras, la de crear vida parecía tener un futuro asegurado por mucho tiempo, pero “mucho tiempo” no es “siempre”, y hoy vemos cómo se está desmoronando a pasos agigantados. La vida hoy comienza a tener explicaciones científicamente satisfactorias, tanto para su origen como para su posterior evolución, y ya sólo algunos grupos de fundamentalistas religiosos insisten en negar la evidencia objetiva para sostener sus mitos primitivos.

Si se puede decir que aún queda un refugio para las explicaciones divinas, este es seguramente el que tiene que ver con el origen del universo. Y ni siquiera se puede decir que el refugio continúe intacto. Muchas religiones ya han asumido que las explicaciones que por milenios eran verdad incuestionable hoy son simplemente simbolismos (que no es otra cosa que reconocer que estaban equivocados, sin decirlo). Y es que, tener cierta duda razonable sobre el BigBang, difícilmente permita afirmar que Dios primero separó el día de la noche y, tres días después, tuvo la brillante idea de crear el sol y la luna. Sin embargo, existen versiones de la hipótesis *Dios...* iba a

decir “un poco más elaboradas” pero prefiero decir “menos primitivas”. Y digo menos primitivas porque aprenden de los errores de, por ejemplo, el génesis bíblico, pero no me animo a decir “más elaboradas” porque en verdad no me parecen demasiado complejas. De hecho, su fortaleza consiste en simplemente enunciar la necesidad de un creador, sin proponer (e incluso negando la posibilidad de conocer) ningún mecanismo que explique la creación.

La pregunta que sigue entonces es: ¿Buena o mala, tenemos que aceptar que la explicación divina es la única posible para encontrar el origen y/o causa del universo?

Yo prefiero dividir la pregunta en dos. La búsqueda de explicaciones sobre el origen del universo está, hoy en día, en manos de la ciencia, más exactamente de la cosmología. Es gracias a ella y a otras ciencias exactas que sabemos todo lo que sabemos sobre la historia del universo, y ninguno de estos conocimientos pudo obtenerse de ninguna religión o libro sagrado. Poco o mucho, el único aporte útil fue, una vez más, producto de la ciencia y no de una superstición pretendidamente revelada.

Pero el origen del universo, tal como lo entienden los teístas, implica un problema adicional que no aparece en el resto de los “orígenes”. Por ejemplo, si desechamos la explicación divina para el origen de la vida, contamos con otros elementos que pueden ayudarnos en nuestra explicación alternativa. Sólo hace falta mostrar cómo “lo que había antes” pudo formar la vida. Pero con el universo esto no se aplica: No podemos explicar cómo el universo pudo formarse a partir de “lo que había antes”, porque, si asumimos que el universo es todo, antes no hubo nada. De hecho, ni siquiera hubo un “antes” del universo, porque el inicio del universo incluye el inicio del tiempo.

Llegamos así a un punto donde nos vemos obligados a explicar un origen a partir de la nada, lo que en principio parece imposible porque “de la nada, nada sale”, o asumir que la nada nunca existió porque “siempre” estuvo Dios allí y que él es la explicación que estamos buscando. Pero si la segunda explicación requiere de la existencia de Dios y la primera es incompatible con nuestra experiencia diaria, ¿cómo resolvemos el problema los ateos?

En principio, el problema que acabo de enunciar plantea una falsa dicotomía: Buscar una explicación al origen del universo implica aceptar que efectivamente hubo un origen para el universo, lo cual no tiene porqué ser cierto. Para tranquilidad de los lectores, está claro que el universo existe, porque aquí estamos; pero no tiene porque haber tenido un comienzo. Éste es un buen momento para que los creyentes aprovechen a la ciencia, que en otras ocasiones menosprecian, y mencionen que la teoría del BigBang afirma la existencia de un origen. Pero el hecho es que esta teoría no afirma que el universo comenzó con una gran explosión, sino que se limita a decir que el universo, tal como lo conocemos, comenzó con el BigBang. Dicho en términos religiosos, el BigBang es la última reencarnación del universo, pero bien puede ser consecuencia de un BigCrunch de la reencarnación anterior, que por supuesto comenzó con otro BigBang luego de otros BigCrunch, etc. Ni que hablar de que ,si bien la teoría del BigBang es la más aceptada y seguramente la más sólida, no es la única y hay otras que directamente postulan un universo estacionario eterno. Si no asumimos la existencia de un origen, no es necesario ni un creador, ni hacer salir algo de la nada, puesto que siempre hubo algo.

En segundo lugar, aceptar la afirmación “de la nada, nada sale” no parece muy justificado. Suele decirse que es un principio obvio que se desprende de la experiencia diaria, pero el hecho es que la nada no es algo que forma parte de nuestra experiencia diaria. De hecho, tenemos nula experiencia con “la nada”, por lo que difícilmente podamos justificar la afirmación “de la nada, nada sale”, y simplemente extendemos nuestra limitada experiencia sobre “ausencia de algo” (que no es lo mismo que “nada” = “ausencia de todo”).

El denominador común en los puntos anteriores es que los creyentes dotan al universo de propiedades que observan a su alrededor, en la vida cotidiana. Así, sostienen que el universo necesita un origen porque sabemos que todo lo que está contenido en él lo tiene, y afirman que no puede haber salido de la nada porque nunca se observó a nada salir de la nada (o por lo menos lo que ellos entienden por “la nada”). En otras palabras, les resulta anti-intuitivo pensar en un universo eterno o apareciendo de la nada. Pero el problema aquí no es tanto las respuestas que resultan anti-intuitivas, sino la pregunta, que nos expone ante una situación extraña y en un contexto único e irreproducible, donde difícilmente pueda aplicarse tan ligeramente nuestra experiencia diaria.

Pero hagamos un juego. Supongamos que decidimos que las respuestas anti-intuitivas que atentan contra nuestra experiencia diaria no nos gustan y, por ello, no podemos aceptar un universo eterno ni un universo “salido de la nada”. Entonces, decidimos que la única salida para explicar esto es que debe haber un dios que, vaya uno a saber cómo, hizo el universo. ¿Nos evita esto las explicaciones anti-intuitivas?

Primer problema. Trasladamos el problema del “origen del universo” al nuevo problema: “el origen de Dios”. Posibles soluciones: Dios existió siempre o Dios salió de la nada. ¿No les resultan conocidas estas soluciones? Pues sí... de hecho, hasta hace unos segundos nos resultaban anti-intuitivas y las descartamos.

Segundo problema: Sabemos que el tiempo está contenido dentro del universo, o lo que es lo mismo, un comienzo del universo implica un comienzo del tiempo. Esto no es una simple cuestión de definiciones, donde se decide poner el cronómetro en cero en el momento del comienzo del universo, sino un hecho físico verificado. El tiempo está profundamente relacionado con el resto del universo. En nuestra vida diaria, sobre la que construimos nuestra intuición, toda creación o lo que nosotros llamamos creación (que no es otra cosa que una simple transformación) implica la existencia del tiempo: Para todo elemento creado, existe un tiempo previo a la creación en la que ese elemento no existía. El problema surge cuando decimos que se crea el universo, lo que implica la creación del tiempo, porque no podemos afirmar que existe un tiempo previo a la existencia del tiempo, es simplemente un absurdo. “Algo” no puede existir antes de su creación. Esto no solo afecta al hecho de la creación (que no tiene tiempo donde ubicarse), sino a la voluntad creadora previa, que tampoco tienen un tiempo para existir. De hecho, implicaría que el mismo dios existió antes de la existencia del tiempo, lo que no parece tener mayor sentido siendo que “antes” es necesariamente una relación temporal.

Tercer problema: A los ateos se nos suele decir que un universo sin Dios carece de sentido. En realidad soy uno de los ateos que aceptan esto en cuanto a un sentido absoluto y objetivo, pero no veo contradicción en que cada uno encuentre luego un sentido personal y subjetivo. Ahora, asumiendo que Dios existe, la pregunta es: ¿Qué sentido da su existencia al universo? En ejemplos, a los ateos nos preguntan: ¿Por qué si Dios no existe, existimos nosotros? ¿Por qué existe “algo” en lugar de “nada”? ¿Qué objeto tiene? Pues posiblemente no tengamos ni idea. Pero, ¿alguien se ha hecho la misma pregunta asumiendo que Dios existe? ¿Por qué existe? ¿Y para que nos creó?

De todo lo anterior, el sabor que me queda es siempre el mismo. El misterio de la existencia nos envuelve en una sucesión de preguntas que o bien se vuelve infinita o bien topamos con alguna que no sabemos responder. Ambas posibilidades, a los creyentes, les resultan incómodas y deciden que debe haber algo que lo explique y a eso lo llaman Dios, y “astutamente” deciden que las preguntas que sirvieron para conducirlos a él, no pueden aplicarse a él mismo porque generaría la misma incomodidad. Pero el hecho es que las explicaciones divinas sobre el origen del universo, en el mejor de los casos, no son ni intuitivas ni compatibles con nuestra experiencia diaria y, para colmo, implican la existencia de un ser sobrenatural del que no hay evidencia objetiva, sobre el que nada se conoce y que implica una serie de excepciones muy fuertes a nuestro conocimiento actual del universo. En síntesis, Dios es una hipótesis adicional (con el costo que ello implica) que se enuncia sólo para explicar algo que no explica. Dios es una pésima idea. @

*Del blog “Ateo, Militante y que?”*  
[www.ateomilitante.com.ar](http://www.ateomilitante.com.ar)

---

## **Abiogénesis – 1ra. Parte**

### **Un escenario posible del comienzo de la vida y su evolución**

**Por Moredan Kantose**  
**Colaborador Externo**

#### **0. Introducción**

La abiogénesis (y no la evolución) es el proceso por el que un entorno sin vida llega a desarrollarla. Hay varios escenarios posibles, diferentes “hojas de ruta”, y es posible que algunos de ellos lleguen a mostrarse imposibles cuando hayamos aprendido más (1). De momento, yo sigo uno de éstos escenarios y lo que les voy a contar es eso: cómo podría haber surgido la vida. No necesariamente como surgió. Creo que nunca llegaremos a saber esto último porque las evidencias han sido destruidas por el tiempo.

Lo que sigue es una especie de “clase de escuela” con mucho humor, pensada para aclarar a la gente cómo pudo funcionar la abiogénesis. A partir de ése modelo básico, uno puede imaginarse más variantes.

A ello, pues.

## 1. La aparición de moléculas complejas

Año 4.367.890.123 antes de la Era Común.

9 de Enero.

Por la tarde, poco antes de la hora del té.

Pero... ¿hay té? Me parece que no realmente, la Tierra es un lugar bastante desagradable como para poder tomarse un té. Para empezar, está caliente, buena parte de la energía gravitatoria de su formación sigue liberándose en forma de volcanes. Durante mucho tiempo estaba tan caliente que, cuando desde la atmósfera (tupida y llena de vapores) se arriesgaba una lluviecita, como la superficie permanecía muy por encima de los 100 grados, el agua se evaporaba, y lo que algún día sería el fondo de los mares seguía resquebrajado, seco, sin inmutarse.

El tipo desagradable.

Él, como si oyera llover, vamos.

Pero con el tiempo las cosas se enfrían, hasta las superficies de los planetas, y llega el momento de la venganza (la venganza es un plato que se come frío): cuando por fin la superficie bajó de los 100 grados, ya hacía un ratillo que la atmósfera proporcionaba fresquitos de esos que favorecen lluvias torrenciales. Así que ahora mismo ha empezado a llover.

¡Y lo que está cayendo!

Para ser exactos, son todos los océanos de la Tierra “lo que está cayendo”. Durante unos millones de años casi no va a parar de llover. Buen sitio para vender paraguas. Y pararrayos también, que las tormentas son de aúpa... ya hablaremos de qué le pasa a un nucleótido en la silla eléctrica.

Así que puede que no haya té, pero al menos hay agua. Lo que pasa es que tampoco está muy buena para beber, me temo. Esto se debe a que en esta agua flotan en disolución moléculas de los más variados tipos. Los elementos que se acumulan aquí no son los más ligeros (como el hidrógeno puro, o el helio) que se han escapado de nuestro planeta o flotan en la atmósfera. Tampoco los más pesados, como el hierro, aunque sí haya algo de hierro por ahí, que nos permitirá fabricar espadas, hachas, acorazados y otras cosas muy útiles para matarnos unos a otros. La mayor parte del hierro, sin embargo, se está acumulando en el centro del planeta, formando un magneto gigantesco que un día guiará nuestras brújulas, lo que parece bastante más simpático que lo otro.

Lo que sí hay a porradas es carbono, nitrógeno, oxígeno... y luego, aluminio, magnesio, silicio, fósforo. Hay muchos otros minerales, desde luego, pero estos son los más corrientes en el Cosmos y, por tanto, en la superficie de la Tierra.

Lo que es una suerte, porque el carbono es un “pegamento” excelente: El mejor. Todos los demás “pegamentos” para hacer moléculas son bastante más raros. Así que surge una rica química con carbono en este nuevo océano. Los químicos la llaman “química orgánica” para darle vidilla al asunto, pero eso no quiere decir que esté viva, de momento aquí no respira ni Dios.

Lo que es una suerte, en el fondo, porque en la atmósfera no hay oxígeno libre, el que usamos para respirar. Un humano desnudo puesto aquí puede elegir entre asfixiarse, cocerse lentamente o envenenarse (sin tiempo para el té). Lo que necesitamos los humanos se llama O<sub>2</sub> (oxígeno libre), y de eso, en estos momentos, como que no hay. El motivo de que se hayan agotado las existencias es que el O<sub>2</sub> es muy amigo de juntarse con la gente (¿será por lo de “libre”?), y, por tanto, si lo dejas suelto en la atmósfera enseguida se monta una peña con tres colegas, un Sulfuro y dos Hidrógenos (ácido sulfúrico), o con 2 Hidrógenos (agua), o con lo que sea realmente... con el primero que pase, con tal de dejar la aburrida vida de pareja de Oxígenos. Dos “O” pueden estar juntos un rato, pero luego se cansan. Como novios primerizos, sólo aguantan unos cientos de años, lo que pensándolo bien no está tan mal para ser novios primerizos...

Bueno, el caso es que algunas moléculas son más frecuentes que otras... el por qué se sale bastante del tema, pero baste decir lo siguiente: Si otras moléculas distintas que las que fueron hubieran sido las más frecuentes, nada nos indica que no hubieran sido igual de capaces de montar el follón que montaron éstas (la vida). Así que la cosa no tiene mucha importancia: tanto monta, monta tanto.

Y juntando, juntando (más o menos por azar) moléculas complejas salen moléculas más complejas. ¡Esas manos levantadas, que las estoy viendo! Me van a decir que bien, pero que la complejidad de moléculas que pueden salir más o menos por azar es limitada: Y tienen razón. Depende, (a) de la cantidad de moléculas que tengamos para mezclar y, (b) del tiempo que nos tomemos. A partir de ahí, nos podemos imaginar la cantidad de moléculas más o menos complejas que podemos obtener simplemente a base de tirar dados químicos. Vamos a ver...

1. La cantidad es “una burrada”.
2. El tiempo, “otra”.

Veamos lo primero para empezar: ¿Cuántas moléculas creen ustedes que caben en el océano? ¿Millones? ¿Billones? Hagamos unos numeritos con una molécula que me gusta mucho porque sirve para adelgazar (un tema mío pendiente): El FAD, flavin-adenin-dinucleótido. Su fórmula es C<sub>27</sub> H<sub>33</sub> N<sub>9</sub> O<sub>15</sub> P<sub>2</sub>, o sea que es un bicharraco con 86 átomos puestos en formación. 27 son Carbonos (C), 33 son Hidrógenos... y así (el hidrógeno libre, H<sub>2</sub>, por cierto, es un astronauta nato y para estas fechas ya se han ido todos al espacio). Bueno, el peso molecular del FAD es 785, eso quiere decir que en 785 gramos caben...  $785 \times 6,0221415 \times 10^{23}$  moléculas. Esto último es el “Número de Avogadro”, las moléculas por cada unidad de peso compuesta por el peso molecular, expresado en gramos. Eso, para los que se quedaron dormidos en la clase de “mates” hace algunos años, quiere decir que en tres cuartos de kilo (más o menos) de FED caben 472.738.100.000.000.000.000.000 moléculas.

Son... bastantes, ¿no?.

Bueno, digamos que en el océano primitivo un gramo de cada millón de toneladas estuviera compuesto de moléculas tan complejas como el FED o más... una estimación muy pesimista ¿no les parece? Una entre un millón, caray, qué océano más simple.

¿Cuál es el peso del océano primitivo? Cuando está terminado, no muy diferente del actual. El cual es un volumen de 1.347.000.000 de Km<sup>3</sup> con más de mil millones de toneladas por Km<sup>3</sup>: Un m<sup>3</sup> de agua pesa una tonelada, un dm<sup>3</sup> pesa un kilo, y un cm<sup>3</sup> un gramo. Como hemos supuesto que un gramo de cada millón de toneladas está compuesto de materia tan compleja como un FED, tendríamos 1,347 x 10E+12 gramos de esas moléculas, que serían por ejemplo (con un peso molecular de 1000 de promedio) 8,11 x 10E+32 moléculas. Es decir 811 quintillones de moléculas.

Quintillones. Millón de millón de millón de millón de millones.

Esto debería quedar claro: Por mucho que subamos la complejidad de las moléculas orgánicas no vivas, nos van a seguir saliendo muchos, muchos cuatrillones de ellas. ¿Y cuántas de cada tipo? Hombre, hay muchas combinaciones... pero las más probables son las más probables, y de éstas habrá trillones flotando por ahí.

¿Y el tiempo? Bueno, estas moléculas se mezclaron durante más o menos dos mil millones de años antes de que sepamos que ya había vida. Reconozco que comparado con las cifras que acabo de manejar, mil millones de años es una tontería, pero en fin... Así que así está el paño: muchas, pero muchas moléculas orgánicas, la mayoría simples y aún así muchas, pero muchas de ellas complejas.

En el próximo capítulo hablaremos primero del agua, pero luego nos iremos a una de esas moléculas complejas. Se llama Pepe. @

*Del blog "Humanismo Radical"*  
[www.morethan.wordpress.com](http://www.morethan.wordpress.com)

[1] La abiogénesis, sin embargo, es fácil de demostrar: la vida existe. Luego tuvo que comenzar de alguna manera en algún momento. Como estamos entre humanistas, creo que no es necesario esforzarse en descartar ideas del fundamentalismo religioso al respecto. Ahora bien, que la abiogénesis sea un hecho no significa que haya tenido lugar en la Tierra. Ése es sólo uno de los escenarios posibles.

---

## El cristianismo y sus implicancias diarias

*Por Daniel Barona Narváez*  
*Miembro de ArgAtea*



Hoy en día vemos que la sociedad en la que vivimos está regida de manera importante y determinante por una religión, por el culto a un Dios y a muchos símbolos y costumbres que ésta religión trae consigo. Hablamos del cristianismo.

El cristianismo aparece en la primera mitad del siglo I a partir de grupos judíos que predicaban y enseñaban acerca de un gran profeta, el llamado Hijo de Dios: Jesucristo.

Este fenómeno fue creciendo poco a poco, convirtiéndose con el tiempo en una de las principales religiones de la historia. Muchas tribus

y naciones adoptaron este conjunto de doctrinas como propias, mientras que a otras les fue impuesta a la fuerza. Como todo movimiento religioso importante, el cristianismo tuvo desde sus orígenes una serie de visos políticos y su objetivo principal era manejar y controlar masas de gente.

En el camino, fue creciendo y degenerando. Así, fue tumbándose otras culturas, otras formas de pensar, conocimientos adquiridos que contradecían sus propias doctrinas, grandes mentes las cuales fueron torturadas y obligadas a no seguir con sus ideas revolucionarias, etc. En resumen, una gran ola de oscurantismo y silenciamiento generalizado y pandémico apareció.

Hoy en día, subsisten aún algunas de estas características, aunque mezcladas y camufladas con el pensamiento actual y las formas de vida actuales. Sin embargo, existen muchos aspectos que influyen importantísimamente en el nivel cultural de la gente, sus costumbres y en una cuestión mucho más importante aún: el uso pleno de la razón humana.

Como ejemplos de esto podemos mencionar a las controversias en cuanto al aborto, la discriminación de los homosexuales, la discriminación religiosa, entre otros.

Mucha gente piensa que la ciencia y la religión pueden convivir armoniosamente, pero lo que sucede en verdad es que ambas son totalmente opuestas. Sin embargo, la gran mayoría de la gente, en la actualidad, vive en esta ambivalencia contradictoria.

Se acepta generalmente a la ciencia y los conceptos científicos básicos, e incluso a la tecnología actual, lograda en base al conocimiento científico, pero una vez que este conocimiento científico se trata de aplicar a cuestiones como las ideas religiosas y a lo que se conoce como pseudo ciencias (que se parecen a las religiones en sus afirmaciones absolutistas sin evidencia alguna), los ánimos se alteran. Muchas personas creen en una variedad de cosas irracionales sin fundamento y lo peor de todo, contradictorias entre sí mismas. Y el cristianismo lo aprovecha bien; aprovecha tal tendencia a creer y la falta de análisis de la gente para entrar profundamente en las sociedades y enquistarse y lavar los cerebros de millones de personas.

Si bien es cierto que el proceso evolutivo favoreció en nuestro linaje un sentimiento místico y religioso, tal etapa ya ha debido ser superada hace tiempo, ya que el conocimiento de la naturaleza en general ha aumentado bastante en los últimos siglos, lo cual, en teoría, nos debería haber liberado de miles de supersticiones y cuentos fabulosos. En cambio, lo que se ve hoy en día (y lo que se ha visto durante los últimos dos milenios) es una eficiente manipulación de las masas en base a las doctrinas cristianas. La gran Iglesia Católica es la dominante por excelencia dentro de todos los grupos cristianos existentes, y lo que nos muestra aún hoy es una alta politización que se evidencia sobretodo en sus altos representantes. Lo mismo sucede con otras denominaciones cristianas ya que, en menor grado, utilizan el poder que les dan esta serie de creencias y tradiciones para abonarse algunos centavos (aunque debería decir varios millones de dólares al año, libres de impuestos). El cristianismo es una religión, pero también es una institución política extremadamente eficiente y altamente generadora de divisas -claro está, para el beneficio de sus esferas internas-.

Además, las doctrinas cristianas se podrían calificar de anticientíficas, antinaturales y promotoras de la ignorancia y el conformismo intelectual absoluto. Utilizan conceptos tautológicos por doquier y atropellan cualquier tipo de conocimiento científico, a menos que la situación sea muy evidente, en cuyo caso aceptan a medias algunas evidencias científicas naturales.

La profunda ignorancia científica produce grandes problemas sociales, ya que el entendimiento errado de la naturaleza puede llevar a tomar decisiones erradas y actitudes antihumanas y en contra de los derechos humanos.

Hoy en día, una persona occidental moderadamente religiosa y perteneciente al cristianismo se podría describir a sí misma como sigue:

“Creo en Dios y en Jesús como su hijo, que murió por nosotros para librarnos del pecado original y el pecado futuro. No creo que Adán y Eva hayan existido, sino que son parte de una especie de metáfora para explicar nuestros orígenes. Pienso que el proceso evolutivo es un proceso real, pero que es guiado por la mano de Dios, el cual hizo que a partir de organismos simples podamos evolucionar hasta llegar a ser seres humanos, a su imagen y semejanza. Creo que los valores y la moral se fundamentan firmemente en los preceptos cristianos y que ellos son vitales para mantener una sociedad libre y justa.”

Esta auto-descripción hipotética refleja las contradicciones mencionadas anteriormente. Y nótese que he simulado el pensamiento de una persona promedio moderadamente religiosa. Sólo habría que extrapolar e imaginarnos qué pensaría una persona extremadamente religiosa y veríamos que las consecuencias serían aún más marcadas y peligrosas. De todos modos, quiero mostrar cómo es que el pensamiento religioso cristiano se contradice con el conocimiento científico; sin embargo habría que tener en cuenta también el hecho de que una persona extremadamente religiosa no se contradice tanto en su ideología, a diferencia del religioso moderado que, por comodidad o aparente sensatez, resulta contradecirse más a sí mismo en su forma de ver el mundo. Pero quiero remarcar de todos modos que un religioso extremo cree en cuestiones que se contradicen con la realidad. Entonces, volviendo a lo anterior, ¿de qué consecuencias hablamos cuando tenemos en cuenta estas contradicciones? En la auto-descripción podemos notar que la persona cree en Dios y en que Jesús murió para resarcir el pecado original; además dice no creer en la existencia real de Adán y Eva. El problema con esto es que, si Adán y Eva no existieron, entonces tampoco lo hizo el pecado original; si no hubo pecado original, ¿entonces significa que Jesús murió por nada? ¿Jesús murió por un pecado inexistente? Evidentemente es altamente contradictorio; empero, muchas personas creen de la misma manera en que lo hace el personaje hipotético.

Ahora, la evolución biológica contradice totalmente cualquier idea religiosa, por lo que afirmar que se cree en ambas cosas es algo absurdo. Por ejemplo, bajo la luz de la biología evolutiva, los conceptos con fundamento religioso como el alma, Dios, etc., quedan en el aire. No hay ninguna explicación satisfactoria real para estos conceptos y menos aún si se toman en cuenta los procesos evolutivos. Adicionalmente, el ser humano no es para nada el pináculo de la evolución; este proceso natural prosigue aún hoy en día, pero desde nuestra limitada perspectiva

temporal, tenemos la ilusión de que los organismos actuales son la cumbre evolutiva. Una vida humana es tan corta comparada al tiempo geológico que no podríamos visualizar cambios evolutivos ni siquiera en varias generaciones; y con visualizar me refiero a rasgos que puedan verse físicamente, rasgos fenotípicos morfológicos notorios. Los cambios evolutivos se pueden evidenciar de una generación a la siguiente cuando se analizan los genomas de los individuos y de las poblaciones. Pero, volviendo al tema, la cuestión es que el proceso evolutivo no tiene un sentido predeterminado; no somos el objetivo trazado por el proceso evolutivo, sólo somos una de las miles de millones de especies que han poblado este planeta y estamos solamente de paso, al igual que todas las demás especies con las que compartimos la Tierra en la actualidad.

Finalmente, nuestro personaje hipotético afirma creer en que los valores y la moral residen en las doctrinas cristianas. Evidentemente está equivocado, ya que la moral y los valores que puedan existir en una sociedad son el producto de procesos de evolución del comportamiento. Todas las especies tienen comportamientos característicos y la mayoría poseen reglas de convivencia dentro de una comunidad específica. Así, la moral humana ha evolucionado gradualmente como parte del comportamiento de nuestra especie y ha adquirido características más o menos definidas dentro de las diferentes sociedades. El problema fue que, cuando las ideas religiosas surgieron, ambas se asociaron de una manera tal que, separarlas hoy en día, puede resultar imposible para muchas personas; lo que en verdad ha sucedido es que se ha creado una especie de falsa interdependencia, la cual es alimentada por la formación religiosa general existente en nuestras sociedades.

Con todo esto, vemos que las doctrinas del cristianismo son contradictorias con la naturaleza misma y con el conocimiento científico; además, sus implicancias en la vida diaria de las personas pueden convertirse en un grave obstáculo al desarrollo de las sociedades humanas, debido a que en lugar de buscar unión y eliminar los prejuicios existentes en base al mal entendimiento de la naturaleza en general, se genera discriminación e intolerancia basadas en preceptos religiosos primitivos altamente contradictorios entre sí y altamente contradictorios con el mundo natural. @

*Del blog "Naturaleza y Racionalismo"*  
[www.naturalezayracionalismo.blogspot.com](http://www.naturalezayracionalismo.blogspot.com)

---

## Ética laica

**Por Bernat Rebot Mulet**  
**Colaborador externo**

Una vez eliminadas las creencias y haber restituido a la razón el lugar que le corresponde como único pedestal que sustenta el conocimiento, debemos exigir que sea esta misma razón la que ilumine las bases que diriman la moralidad o inmoralidad de los actos, eliminando todos los escrúpulos irracionales que dificulten, tanto los derechos de los seres sensibles como su bienestar. La principal particularidad de una moral religiosa es que sitúa la voluntad de sus dioses por encima de la felicidad humana. Una voluntad que, confeccionada y manipulada por la casta sacerdotal, se

transforma en el pretexto para domeñar a sus súbditos. Por lo tanto, es totalmente imprescindible que el bienestar y la felicidad -tanto de los animales como del ser humano- sean el único y principal objetivo de su existencia haciendo de la razón el sustento de la ética laica. La consecución del bienestar social pasa por respetar los derechos ajenos que constituyen la fuente de la dignidad. Sólo los seres sensibles poseen esa cualidad consistente en el derecho inalienable a no sufrir y que conforma la base de los demás derechos. En consecuencia, el análisis de la moralidad de un acto se realizará en función de las consecuencias negativas, directas o indirectas, que se puedan derivar de tal acto y que se traducen en el posible sufrimiento o conculcación de derechos de los individuos que intervienen en él.

La ciencia moderna nos ha proporcionado los suficientes datos para saber qué seres son capaces, en virtud de su sistema nervioso y neurológico, de padecer sufrimientos tanto físicos como psicológicos, porque estamos en condiciones de afirmar que sólo los seres sensibles son sujetos de derechos, quedando excluidos de esta particularidad todos aquellos seres orgánicos -tanto si son de origen animal como si no, pertenezcan a la especie que sea- que por su incompleto desarrollo o por sus características inherentes a su especie, no hayan desarrollado los sistemas orgánicos que capacitan para sentir dolor o placer. Nunca podrá ser fuente de derechos la pertenencia a una especie por el hecho de sentirse privilegiada respecto de las demás. Los seres humanos deberemos meternos en el mismo saco con todas las demás especies, incluidas todas las etapas de desarrollo: desde la concepción hasta el desarrollo completo del individuo.

La importancia de cualquier ser viene determinada por los intereses sentimentales, psicológicos, materiales o sociales que pueda tener el resto de los individuos hacia él. El valor, no sólo de un animal sino de cualquier objeto, implica inexorablemente una relación a dos: el que valora y el que es valorado. Así, por ejemplo, todas las catedrales, las pirámides de Egipto y todo el arte del mundo no tendrían ningún valor sin la existencia de los seres humanos que aprecian dichos objetos. Un hombre, viviendo en solitario en un lugar deshabitado, que no tiene la más mínima relación social con otros seres, tiene la misma importancia que un insecto. El hombre no tiene importancia por sí mismo, sino por el hecho de pertenecer a una especie social y sociable en la que el valor que le puedan otorgar sus semejantes pueda hacer de él un ser imprescindible: la muerte de un ser querido es uno de los sufrimientos más intensos que puede experimentar el ser humano. La importancia de un vagabundo que no tiene familia ni amigos es incomparablemente inferior a la de aquella persona que, por sus cualidades psicológicas y virtudes humanas, está rodeada de personas que la aprecian y la aman; sin embargo, ¡la dignidad es la misma! La importancia de un ser y su dignidad son dos conceptos totalmente diferentes que no tienen ninguna relación entre sí. Mientras que la dignidad hace referencia a ese respeto reverencial que merece cualquier ser sensible, la importancia de un animal -racional o no- es un valor subjetivo, que se confiere desde la parcialidad y relatividad de los intereses particulares del que valora al que es valorado.

El abuso de poder que ha ejercido desde siempre el ser humano sobre el resto de las especies, erigiéndose en el rey de la creación, y que fue acuñado por Richard Ryder con el término

de "especieísmo", no sólo ha conculcado los derechos de los animales sino que -apoyado por creencias religiosas y, por tanto, en contra de la razón- ha convertido un conjunto de células sin ningún sistema de conciencia física ni psicológica, en un ser muy superior a todos los animales irracionales, incluidos aquellos que, a través de experimentos, nos demuestran que son capaces de tener un cierto grado de autoconciencia. Únicamente desde los escrúpulos morales se puede hacer de un embrión o un feto humano un sujeto de derechos, y más importante que cualquier animal irracional.

El tan aclamado -por la Iglesia Católica- argumento del derecho a la vida tanto del embrión como del feto, aparte de no sostenerse en pie, se vuelve en su contra al tener que admitir el hecho incuestionable de que todo derecho implica, necesariamente, el mismo derecho a lo contrario; dicho de otra forma: todo derecho es renunciable. Lo contrario supondría una obligación, por lo que no se podría hablar de derechos. En consecuencia, el derecho a la vida supone, en la misma medida, el derecho a la muerte. Afirmar que la vida pertenece a Dios y sólo él puede quitarla, convierte el derecho a la vida en un eufemismo que encubre la obligación de vivir. Pero, la Iglesia Católica es cada vez más reacia a utilizar argumentos religiosos para respetar la libertad de conciencia, viéndose obligada a buscar en el cajón de la lógica argumentos a través de los cuales pueda demostrar la inmoralidad de ciertos actos, tanto a creyentes como a no creyentes, utilizando el conocido "contra natura", el ya analizado derecho a la vida o la dignidad humana cuando se trata de eutanasia.

¿Quién, sino el sujeto de un derecho, puede decidir la ejecución o no de su derecho? Nadie puede decidir por otro, a no ser que se sepa de forma clara su voluntad y que el sujeto de derecho no pueda explicitarla. Si el embrión o el feto tuvieran derecho a la vida deberían ser ellos y no la sociedad quienes decidieran. Pero, ni el embrión ni el feto pueden tener derecho a la vida. En todo caso, el feto que haya desarrollado lo suficiente el sistema nervioso central como para poder sentir, tendrá el mismo derecho y dignidad que el resto de animales sensibles. Es evidente que a la luz de la razón no hay nada que justifique el derecho a la vida de un feto humano y no pueda justificarlo, igualmente, del resto de animales. ¿Cómo surge, entonces, el derecho a la vida? Todo derecho surge de un deseo -explícito o implícito- por o de algo. Mas, no todos los deseos producen derechos. Aunque sea lícito desear algo que no te pertenece, ello no da lugar siempre a un derecho sobre ese algo. En cuanto al derecho a la vida, no puede nadie decidirse por ella hasta que haya llegado a desarrollar la inteligencia y autoconciencia necesaria para conocer de primera mano lo que es vivir, requisito indispensable para que alguien tenga ilusión por la vida y pueda anunciar al mundo su deseo de vivir. Pero, no olvidemos que ese deseo es tan respetable como el deseo de morir; la dignidad humana implica la propiedad de sí mismo; nadie tiene la propiedad de la vida ajena. ¿Pueden el embrión o el feto desear vivir? Evidentemente, no; como tampoco pueden desear la muerte. El conocimiento que puedan tener dichos organismos acerca de la vida o de la muerte es nulo y, si tuviéramos que guiarnos por su nivel de autoconciencia, ésta es infinitamente inferior que la de cualquier insecto del que no nos preocupa lo más mínimo su posible derecho a la vida.

Aparte de los escrúpulos morales que subyacen en la sociedad, y que tienen su origen en creencias religiosas, el factor cultural y educacional heredado por la tradición y, quizás, también por el instinto de supervivencia, son factores que influyen decisivamente a la hora de confeccionar un concepto impreciso y erróneo tanto de la vida como de la muerte. La vida es un conjunto de vivencias y experiencias que pueden ser buenas o malas; y nadie sabe el futuro de su vida. En base a esta definición podemos sustituir la palabra "vida" por la de "experiencia", por lo que si en lugar de preguntar a alguien si quiere vivir le preguntáramos si quiere tener una experiencia, su respuesta no se daría sin antes habernos preguntado qué tipo de experiencia es la que le proponemos; y si le respondemos que ignoramos la calidad de dicha experiencia veo muy difícil que alguien aceptaría tener una experiencia sin saber antes en qué consiste ésta. No sucede así si preguntamos si quiere vivir. Aunque nadie sabe con certeza el tipo de vida que le espera, el ser humano tiene inscrito en su instinto de supervivencia el rechazo automático a la muerte, la cual se puede definir como el "no tener ninguna experiencia". El miedo a la muerte obedece a un factor cultural y educacional que es connatural al ser humano, pero que no está basado en razones objetivas. El hecho de ignorar lo que hay más allá de la muerte se traduce en el miedo a lo desconocido, precisamente el mismo temor a tener una experiencia de la que no podemos dar ningún dato. Y, sin embargo, las malas experiencias sólo se han dado en la vida: deberíamos tener más miedo a la vida que a la muerte. El corolario de todo ello es que la vida no tiene ningún valor, ni negativo ni positivo, siendo únicamente posible determinar su valor una vez que se haya experimentado. Desde el momento en que venimos de la nada y volvemos a ella la vida es, simplemente, un paréntesis dentro del "no ser". Y este paréntesis -léase experiencia- nadie puede obligarnos a experimentarlo.

El valor de la vida es más apreciado cuando se contrasta al de la muerte. Si la vida ha sido excesivamente valorada, la muerte ha sido injustamente denigrada. La ética laica, basada en la razón, no puede aceptar la ilusión que habita en el mundo de las creencias respecto de una vida mas allá de la muerte, por lo que se debe concluir que después de la vida pasamos otra vez a la nada. En base a este criterio, si preguntamos qué le ocurre de malo a alguien cuando muere, la respuesta, obviamente, es: nada. La nada no puede tener ningún calificativo, ni es mala ni es buena; simplemente, no es. Por lo tanto, la muerte, bajo la perspectiva del no creyente, no puede ser nunca negativa; tanto es así que podemos afirmar con rotundidad que, por mucha ilusión que tenga una persona por vivir, no hay la más mínima posibilidad de que experimente algún tipo de frustración después de su muerte. La muerte es inocua, inofensiva; lo contrario significaría una paradoja: para sufrir las consecuencias de la muerte se tiene que estar vivo. La única tragedia que produce la muerte la sufren los vivos, los que lloran la muerte de un ser querido.

Toda esta argumentación nos lleva a la siguiente paradoja: el único derecho que tiene el ser humano, que en el caso que se conculque no produce, en absoluto, ningún sufrimiento ni frustración es, precisamente, el derecho a la vida; el derecho a la vida termina con la muerte. Mientras que una persona, que ha decidido morir a causa de su sufrimiento y se le impide llevar a cabo su deseo, sufre las consecuencias de la conculcación de su derecho a la muerte, matar a una

persona que desea vivir no le provoca ningún tipo de frustración. Por lo tanto, retomando el hilo de la cuestión, deberemos plantear la siguiente pregunta: ¿qué hay de malo en dejar morir a un embrión o a un feto que no tienen deseos de vivir, ni conciencia, ni derecho a la vida? Contaré una historia que viví de cerca. Una mujer que había decidido, junto con su marido, no tener más hijos, queda embarazada en contra de su deseo. Su moral religiosa no le permite abortar por lo que entra en una situación casi depresiva. No obstante, la naturaleza le resolvió el problema a través de un aborto natural. Cierta día, una tía suya, que era religiosa, llamó a su hermana -la madre de la embarazada- para interesarse por su sobrina. La madre de ésta le dijo que se encontraba aliviada ya que había abortado, por lo que su hermana monja -que ignoraba que el aborto había sido natural- se escandalizó; pero, al explicarle su hermana, que el aborto no fue provocado por la mano del hombre, aquélla religiosa quedó automáticamente aliviada. Y digo yo, ¿por qué lo que obra la naturaleza -y nos parece bien- no puede hacerlo igualmente el hombre? ¿Acaso no se sufre igual ante la muerte de un ser querido tanto si la muerte ha sido provocada por la naturaleza como si lo ha sido por el hombre? He aquí un claro ejemplo en el que, además de suponer una evidente incoherencia, muestra de forma diáfana la poca relevancia que se le adjudica a un ser respecto de otro. El feto, en cuestión, no preocupa tanto como las causas que hayan producido su muerte. Si intrínsecamente el feto tuviera algún valor, la coherencia de las personas creyentes debería dar como resultado la misma preocupación ante la muerte del feto tanto si se ha abortado de forma natural como si no; pero el olvido al que queda relegado dicho feto transparenta la insignificancia de un ser que sólo el amor de una madre puede convertir en un ser valioso. A los creyentes sólo les queda el reducto de la fe como argumento en contra del aborto.

Una vez demostrado que la muerte en sí no puede producir nada negativo en quien la experimente, es obvio que la eutanasia, reforzada por el consiguiente derecho a la muerte, no debería ofrecer ninguna dificultad a la hora de evaluar su legalidad o ilegalidad. Pocas cosas se pueden decir que no estén apuntadas más arriba. Quizás, la parte más polémica consista en la denominada eutanasia activa, es decir, provocar la muerte por medio de algún fármaco u otro sistema tanto si se conoce como si no la voluntad del enfermo. Cuando la voluntad del paciente es la de morir, dicha voluntad es totalmente incuestionable. En el caso contrario, la respuesta ya está dada: la muerte, incluso en contra de la voluntad del enfermo, no produciría efectos negativos. Soy consciente de que esta tajante afirmación, a pesar de su obviedad, resulta alarmante y escandalosamente preocupante para un gran sector de la sociedad, que hará despertar los fantasmas de holocaustos pasados y verá en quienes aceptemos estas premisas unos seres desalmados, sin escrúpulos. Es cierto que aceptar que la muerte no produce ningún daño en la persona que la sufre supone desembocar en una pendiente resbaladiza, pero negar la premisa mayor -que por su lógica es axiomática- por no querer aceptar las consecuencias -aunque sean teóricas- que se derivan de ella, supone una carencia de honradez intelectual que dificulta enormemente la aclaración de una problemática acuciante, y que exige soluciones. No se puede esconder la cabeza bajo el ala. Quien no se enfrente a la realidad de la lógica carece de valor y coraje para aceptar unas conclusiones que no tienen que ser necesariamente negativas, sino que

se ven así por una carencia total de planteamientos que, si se dieran, transformarían la dogmática inamovible de todas estas cuestiones dando lugar a una nueva concepción tanto de la vida como de la muerte, una concepción mucho más objetiva que debería marcar el camino de la educación desde la infancia, a través de la cual se viera a la muerte como una parte más de la vida y no como un tabú enigmático y misterioso que ha aterrorizado al hombre, no por lo que la muerte es en sí, sino por lo que le han dicho que es. Afortunadamente, el concepto de “calidad de vida” se impone, cada vez más, a la exigencia de vivir por vivir. La desaparición paulatina de escrúpulos morales da lugar a esa nueva visión ética autónoma, en contra de la heteronomía quimérica que durante milenios ha sometido la voluntad humana, expropiándole esa felicidad y bienestar que pertenecen al hombre por derecho propio.

Por si acaso los argumentos de la Iglesia Católica no fueran suficientes para demostrar la inmoralidad de ciertos actos humanos, se intenta presentar a la naturaleza como marchamo de calidad, convirtiendo en inmoral todo aquello que se defina como “contra natura”. La identificación de lo natural con lo ético y lo correcto es fruto de un pobre escrutinio de la naturaleza humana. En primer lugar, habría que definir qué es lo natural y si realmente el ser humano tiene la posibilidad de ir contra la naturaleza. Desde el momento en que la inteligencia forma parte de la naturaleza humana, todas las obras y acciones que son fruto de la inteligencia habrá que catalogarlas como naturales. Si dicha inteligencia desarrolla un método para evitar un embarazo, habrá que concluir que forma parte de la naturaleza humana el inventar anticonceptivos; y tan connatural al hombre son los anticonceptivos como el amor o la violencia, ya que todas y cada una de las características citadas forman parte de su naturaleza.

De todo ello se infiere que el hombre nunca podrá obrar contra la naturaleza, puesto que todo lo que salga del ser humano formará parte de su idiosincrasia, ya prevista por la propia naturaleza. Es más, afirmar que el ser humano puede ir contra la naturaleza supone aceptar de antemano la existencia de una determinada teleología, es decir, de una intencionalidad para conseguir unos fines concretos por parte de la naturaleza misma, y sólo desde las creencias se puede identificar a la naturaleza con una inteligencia teleológica, es decir, con Dios.

¿No será el pecado “contra natura” un intento desesperado de la Iglesia Católica para racionalizar una moral irracional? Desde el momento en que la razón -como único fundamento del conocimiento- no nos autoriza a pensar en la naturaleza en términos de intencionalidad, la ética laica -basada en la razón- puede suministrarnos sobradamente los fundamentos esenciales y necesarios para una convivencia con dignidad y respeto. No necesitamos inventar “contra naturas” para dirimir la moralidad de los actos; nos basta la razón; y esa misma razón nos permite divisar la incoherencia por parte de la Iglesia que, al basar la inmoralidad de los anticonceptivos en el hecho de que el acto sexual -en virtud de su propia naturaleza- está únicamente destinado a la procreación y, por lo tanto, la práctica de tal acto con otra finalidad que no sea ésta es antinatural, debe considerar, igualmente y en la misma medida, como inmoral la ingestión de cualquier alimento que no esté destinado a la aportación de elementos nutritivos necesarios para el organismo. Así, comer por placer es un pecado tan grave como utilizar anticonceptivos. Ignoro si

los miembros de la Iglesia los utilizan; lo que sí es de dominio público es la fama del clero por el aprecio a las buenas viandas, dando lugar al popular dicho “bocato di cardinale”. ¿No es, igualmente, antinatural amputar una pierna gangrenada? ¿No deberíamos dejar a la naturaleza que siguiera su curso en lugar de intervenir quirúrgicamente el cuerpo humano? ¿No es antinatural tomar antibióticos cuando el organismo tiene incorporado un sistema inmunológico?

Finalmente, quiero hacer una breve referencia a la decisión democrática de las cuestiones éticas. No puedo concebir que se tergiverse el sentido democrático del gobierno de la mayoría cuando lo que se lleva a consulta es una cuestión de conciencia personal. Tengo entendido que algún gobierno europeo decidió, a través de un referéndum, la legalización del divorcio y, en estos días, Portugal pretende hacer lo mismo con el aborto. La consulta popular se debe llevar a cabo cuando lo que está en juego afecta a todos los ciudadanos por igual y no se pueda dilucidar por medio de argumentos que, por su evidencia, no puedan rebatirse. No ocurre así con el divorcio, el aborto, la eutanasia o la manipulación de embriones para la obtención de células madre, al pertenecer todas estas cuestiones al campo de la conciencia individual y cuyos argumentos a su favor no han podido ser rebatidos sin apelar a las creencias. No se obliga a nadie a divorciarse en el caso de que exista una ley a favor del divorcio, mientras que sí, a través de una consulta popular, ganara la oposición a dicha ley, un sector de la sociedad no podría divorciarse por la simple razón de que los escrúpulos morales de una mayoría habrían coaccionado la libertad de acción de la minoría. He aquí que lo que pretende ser una actitud democrática puede transformarse en una dictadura de una parte del pueblo.

Mientras no se presenten argumentos que demuestren que todos los asuntos citados no pertenecen a la conciencia personal, la decisión de legislar acerca de dichas cuestiones no debe pasar ni siquiera por la votación parlamentaria. Mientras un partido, que tenga representación en el congreso o en el senado, pueda votar en contra las leyes que afectan únicamente a un número reducido de ciudadanos no respetando su conciencia individual, no se podrá hablar de democracia sino de imposición de la voluntad de unos sobre otros. La injerencia de la Iglesia Católica y de los sectores conservadores en el campo de la ética laica supone la violación de independencia de juicio a la que tiene derecho cualquier ciudadano; una independencia que es criticada y calificada - en flagrante tergiversación conceptual- como “imposición del laicismo”, cuando, en realidad, lo que se impone es la voluntad conservadora que pretende impedir a toda costa esa igualdad de oportunidades de vivir de acuerdo con sus ideologías. El laicismo es, precisamente, la exigencia básica y fundamental en toda democracia de la no intromisión de las creencias religiosas en el campo opuesto. @

Abril de 2005

---